



Baldaquino de San Pedro antes de encerrarse en la Capilla Sixtina. / A. P.

La palabra cónclave nació en Viterbo, donde un cardenal murió de hambre en una elección que duró meses

## A pan y agua

J. MÉNDEZ

En el diccionario de la RAE, cónclave (o conclave, que también se puede escribir sin tilde) designa «el lugar en donde los cardenales se juntan y se encierran para elegir Sumo Pontífice». La primera vez que se usó fue en el documento 'Ubi periculum', redactado por el papa Gregorio X en 1274.

La palabra tiene su miga y nació por las dificultades y controversias a que se veían sometidos los cardenales para elegir Papa, sujetos, como estaban en la Edad Media, a las presiones de reyes, príncipes y emperadores. Si en el siglo XI, el papa Gregorio VII había logrado frenar las prerrogativas civiles, fue Alejandro III quien determinó que sólo los cardenales designaran al nuevo obispo de Roma. Estableció también que el elegido debería contar con el apoyo de dos tercios de los votantes, una cifra que, como se verá, se demostró excesiva.

Todo transcurrió por cauces más o menos normales hasta que a la muerte de Clemente IV (en 1268), Carlos de Anjou y el emperador alemán 'presentaron' sus propios candidatos a Papa, como era su costumbre. Por su parte, los 18 cardenales reunidos en el hermosísimo palacio papal de Viterbo (en el Lazio italiano) no lograban ponerse de acuerdo en un candidato que reuniese un apoyo suficiente. El propio rey de Francia, Felipe, trató de mediar, pero sin resultado. Los purpurados llevaban reunidos 18 meses. Sin resultado.

San Buenaventura de Bagnoregio, general de los franciscanos, aconsejó a los ciudadanos de

Viterbo que aislaran a los cardenales, para que no recibieran influencias exteriores y pudieran realizar su tarea. Dicho y hecho: tapiaron puertas y ventanas. Pero ni por esas. Así que el señor de la ciudad, Alberto de Montebuono, y el jefe de las milicias que custodiaban a los príncipes de la Iglesia, Raniero Gatti, ordenaron retirar el techado del palacio papal. Era enero de 1269 y hacía un frío helador. Al tiempo, se les dejó de proporcionar comida y bebida. Los milicianos sólo dejaban pasar pan y agua a los purpurados.

### Un «hambre atroz»

Semejante treta y, en especial, el «hambre atroz» que padecieron los cardenales, no acostumbrados a semejantes privaciones, les hicieron reaccionar. Su primera decisión fue excomulgar a los autores del aquel atropello. Pero no sirvió de nada: ni les repusieron el techado ni les proporcionaron vituallas. La mitad de los cardenales enfermaron y uno de ellos, Enrique de Cornualles, murió. Pero ni esa muerte les alteró: pasaron semanas.

Por fin, los quince cardenales que sobrevivieron al acoso nombraron Papa a Teobaldo Visconti, obispo de Piacenza, que estaba luchando con los cruzados en Tierra Santa. Conoció su nombramiento en la mítica Accra y tomó el nombre de Gregorio X. Bajo su mandato se estableció un reglamento para las elecciones papales, la constitución 'Ubi periculum', que asegura la brevedad y el secreto que deben presidir el cónclave. Desde entonces, además, lo hacen con la puerta cerrada con llave, en cónclave.

## LA SOMBRA DEL ESPÍRITU

JUAN MARÍA LABOA CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA IGLESIA DE LA UNIVERSIDAD DE COMILLAS

Tras dos semanas largas de conmociones, intrigas, cábalas y premoniciones, se ha impuesto, finalmente, el silencio alrededor de esta plaza mundial, rodeada por innumerables e inmensos artilugios levantados por todas las televisiones del planeta. Queda intacta toda la inquietud de los creyentes, pero parece que se diluye el tiempo de las intrigas para que, finalmente, pueda hacer acto de presencia el tan invocado Espíritu.

La misa celebrada por los cardenales ante los miembros de la curia y numerosos fieles en la mañana del lunes ha representado el primer acto del proceso final. La Iglesia católica, representada en esta misa por tantos creyentes de tantos países, reza con esperanza y aprensión para que sea elegido un cristiano capaz de dar el testimonio requerido en este momento de la historia.

Finalmente, corresponde a la conciencia individual de los cardenales elegir al más conveniente para el conjunto de la comunidad creyente, sin tener en cuenta los intereses individuales ni el orgullo nacional, ni siquiera los legítimos gustos personales. Es la hora del bien común.

La historia de los cónclaves recientes es, más que la historia de las pasiones humanas, la revelación de las distintas y contrapuestas sensibilidades religiosas,

de las diversas concepciones de Iglesias, de las variopintas preocupaciones en función de los países y continentes en los que se encuentra la Iglesia. En este sentido, se trata del cónclave más universal de la historia, con cardenales de 52 países, de los cinco continentes, pero no necesariamente el más representativo, ya que todos los electores, menos tres, han sido designados por la misma persona.

Sin embargo, debemos constatar que sigue siendo una elección, en cierto sentido, viciada. Escribió hace muchos siglos el papa Inocencio que el «que a todos debe dirigir por todos debe ser elegido». Obviamente, no quiero ser demagogo y soy consciente de la dificultad o imposibilidad de una elección directa, pero hay modos y modos. Es injusto que haya hoy votando en la Capilla Sixtina más cardenales europeos que del resto del mundo, porque más del 60% de los católicos se encuentran fuera de Europa. Es injusto que los más de 3.000 obispos y los mil millones de católicos no tengamos ni voz ni voto en el proceso, porque, en realidad, aunque es un

proceso fascinante el que se está desarrollando bajo el Juicio Final de Miguel Ángel, ¿a quién representan los cardenales?

Por otra parte, de lo poco verdadero que se ha conocido estos días, uno puede constatar lo difícil que resulta romper inercias, y la persistencia del miedo romano a los cambios de fondo. Gusta a los hombres de Iglesia el ser el centro de atención de los medios de comunicación, pero imponen el más ferreo silencio; quieren ser universales, pero mantienen férreamente una teología y un talante europeo; tienen miedo a los cardenales jóvenes, aunque sean considerados muy valiosos, porque no quieren pontificados largos, pero no se deciden a proponer la dimisión de los papas. Más paradójico todavía: se impone una ley, sugerida por un concilio ecuménico, según la cual todos los obispos deben presentar la dimisión al cumplir los 75 años, y no pocos cardenales pretenden elegir un cardenal que ya ha cumplido los 78. ¿Están los cardenales por encima del derecho canónico o, más aún, del sentido común?

Benedicto XV comentó que «un cónclave siempre es un misterio», porque por encima de contradicciones y pasiones humanas, al final, está la conciencia individual, la honradez de no pocos, la búsqueda del bien común y la sombra siempre alargada del Espíritu. De hecho, a pesar de lo dicho, hoy se encuentran en la Sixtina hombres de todos los talentos, de todas las sensibilidades, con toda clase de prioridades. Es decir, todo es posible todavía.

«Es difícil romper inercias y hay miedo a los cambios de fondo»



GESTO. Un cardenal une las manos en pleno rezo. / EFE